

De
nuestra
América:
**Paranaguá,
en
Brasil**

Una grata
ciudad que
esconde
recodos serenos,
con sabor
de antigua
placidez,
escapando
a la febril
premura del
presente

(Foto Luis
Alberto Musso)



QUEDAN todavía, para hacer la felicidad de aquellos que poseen el don de soñar, olvidados rincones que se presentan a nuestra vista como imágenes de algún antiguo libro, acercándonos el recuerdo de narraciones románticas, de épocas bellas, de lugares extraños, similares a los trazados por la pluma de un Salgari o de un Verne y que llenaron pasadas horas juveniles con quimeras de aventuras. Frente a ellos nuestro estado anímico se transforma y transportados a un mundo fantástico dejamos suspendido el momento actual para sumirnos en esa leyenda de la cual somos espectadores y protagonistas.

Estos sitios extraños, felizmente fuera de las rutas comunes del turismo que rápidamente los convertiría en funciones comerciales, se hallan sembrados como estrellas en ese país de poesía, llamado Brasil. Me refiero en este caso a la ruta de Paranaguá, puerto atlántico del estado de Paraná.

Saliendo de la moderna ciudad de Curitiba, capital de Paraná, habitada aproximadamente por un millón de personas, con intenso tránsito regulado por semáforos, aeropuerto para aviones de reacción, rascacielos, "magazines" europeos, hoteles de primera, unida a una red de carreteras asfaltadas por las cuales fluyen mercancías y viajeros, camiones y autobuses, en filas como hormigas, salvando pasos, cruzando puentes, subiéndolos sierras, atravesamos muchos kilómetros de selvas vírgenes. De ella parten tres carreteras y una antigua línea férrea hacia Paranaguá, puerto de alta mar que se encuentra a novecientos y tantos metros más abajo, y a unos cien kilómetros de praderas montañosas, precipicios, pantanos y florestas. Bien aconsejados debemos optar por el viejo ferrocarril.

Para viajar en el primer tren desde muy temprano, antes de la alborada, surgidos de las sombras que envuelven todavía la mañana y comienzan a llegar al hall de la estación ferroviaria los impacientes pasajeros que nos acompañarán en este viaje de diorama. La mortecina bombilla eléctrica acentúa el marrón de las barnizadas tablas de los mostradores e instalaciones y el bronceado de una "menina moça" de ojos fugados, de andar de gacela. Junto a ella el rubio inmigrante de sacón de cuero, mirada optimista, espera impaciente la hora de partida de aquel tren de leyenda que lo llevará a su trabajo de lucha incesante contra

la naturaleza dura del monte o del río avasallador. En otro ángulo, un viejo pionero de largos mostachos, sombrero arrugado con alas caídas, debajo de las cuales unos ojos de mirada perdida sueñan todavía con la selva, con azares y peligros.

Los pasajeros al tren. Parte éste... sale la mañana una vez más en el curso del tiempo, la niebla espesa nos envuelve, el sol detrás de una cortina de velos envolventes y sutiles... la locomotora en furiosos tirones va acelerando la marcha dispar, pita, y el tren crepita... los pasajeros se sacuden en sus asientos como péndulos por efecto del andar del convoy... portazos en los vagones. Los infatigables caminadores, los inspectores de ojos celestes, gorra verde y muchos años, —restos de alguna administración inglesa, que, como aquellos monogramas intrincados que decoraban los cristales— formaban parte de todo tren a vapor; recuerdo esto y observo a mi alrededor las ventanillas, a las cuales años y golpes, por bajar solas al antojo del vaivén, hicieron perder sus primitivos vidrios y con ellos las iniciales y adornos esmerillados.

Y el tren sigue entre la niebla y el frío, porque éste era intenso a las siete de aquella mañana... otro portazo en la entrada de nuestro vagón, acompañado de una corriente de aire helado y de un vendedor de pasteles... y el tren siempre entre la bruma, cruzando por paisajes de siluetas casi blancas sobre fondos casi grises. Los pasajeros concentrados en sus pensamientos: un cura en su Biblia, una mujer en su niño, un hombre en su sueño... la marcha continúa con su estribillo de ruedas y de rieles repitiendo la misma canción de chirridos mientras nosotros apoyamos los zapatos sobre los agujeros del piso de viejas tablas para evitar el paso del aire frío y hundimos las manos en los bolsillos y la cabeza entre los hombros para cobrar un poco de calor.

Pero el sol entonces empuja la calina y la escarcha se transforma en los campos en gotitas brillantes que resbalan de un golpe por los tallos... suspendidas en las hojas son diamantes lucientes que brillan al pasar. Llegamos a la primera parada donde descenden obreros presurosos y friolentos caminando ligero, probablemente más por frío que por deseos de tareas.

Por el tren que vuelve a arrancar con fuertes sacudones, caminan otra vez el inspector viejo y rubio

El camino de Paranaguá

Casa de típicas características riograndenses



Barcas de pescadores en el muelle del mercado

de gorra verde, el pastelero, las ráfagas de aire y un vendedor de alcohol con botella en mano y un pequeño vasito de uso común, repartiendo su fuego a pocos cruzeiros la medida.

Después de la última parada y de la curva empiezan las cosas a cambiar; huye la niebla, el tren baja muchos metros entre kilómetro y kilómetro, la pradera crece en floresta, los arbustos en bananeros, la araucarias forman escalones con sus sombreros en los riscos y montañas; el tren sacudiéndose sigue la pendiente, las ráfagas de frío que entraban por la puerta castigada son ahora de aire tibio... empieza la felicidad del viaje fuera el abrigo y la gorra! Cruzamos frente a mansiones escondidas entre celajes verdes o cerca de chozas confundidas en la espesura. De tanto en tanto, líneas rectas, planos blancos, formas geométricas, señalan una factoría, perdiéndose rápidamente entre el bosque.

Se suceden las estaciones y paradas, que son muchas, y siempre más abajo, mucho más abajo la siguiente. La vía se retuerce agarrándose a la montaña, tenemos a diestra lo que hace un momento estaba a siniestra, arriba lo de abajo, lejos lo de cerca, cerca lo de lejos. Nos aproximamos casi al mismo sitio una y otra vez debido al trazado de los rieles en su búsqueda de la curva apropiada. También retorna el frío escondido en una nube interpuesta en nuestra ruta, entonces es niebla y abrigo, gorra, deseos de ver el sol para gustar el paisaje, para sentir calor. Los objetos que cruzan envueltos en la semi niebla por efecto de la luz, parecen aumentados. En cada parada nos esperan niños con naranjas sujetas a palitos que llaman mimosas, pastelillos y cocidos. En la última un viejo negro cortaba naco.

Y el tren sigue deslumbrándonos con el país que corta; puentes plateados sobre terciopelo verde; corre una carrera con el torrente paralelo que gana este último suicidándose en cascada. Y la montaña se abre en gargantas profundísimas para no cerrarnos el paso. Vuelven las nubes, vuelve el sol, el tren baja, el calor aumenta...

Los indicadores señalan entre estaciones pocos kilómetros y muchos metros de descenso. Dejamos atrás los altos paredones de piedra simulando murallas de un mundo de fantasía. Cruzamos bananales en el llano, así llegamos a nuestro destino después de horas de viaje inolvidable.

Paranaguá se nos presenta en un puñado de edificios coronados por mástiles y chimeneas de barcos confundidos en las perspectivas. La ilusión nos acompaña también por estas aceras de piedras losas.

La bahía se divide en brazos y riachos. Las barcas con velas candidas cruzan silenciosas estas aguas. Algunos marinos mareados por caminar en tierra, con alcohol, tomados del brazo pasan entonando nórdicas canciones. Los pescadores de la ribera descargan sus canastas de plateada cosecha. En la esquina del muelle una rubia muchacha vende frutas y raíces junto a gruesa bahiana, la que ofrece tortas de coco y mazorcitas asadas. Un negocio muestra en su vidriera manos de suerte, nueces exóticas, recuerdos, monedas y radios portátiles. El mercado del tamaño de una casa de familia posee al exterior restaurantes con comidas de todos los rincones de la tierra y en su patio interior, cesteros trabajan el junco y el mimbre en canastas y sombreros.

Es el medio día y el sol en toda su euforia. Calmamos la sed con un guaraná. Aprieta el hambre; el aroma de crujiente pan, de los alimentos y frutas extendidas en los muelles y calles, nos empujan al mesón cercano. Entramos en el piso bajo de una antigua construcción de piedra, donde en mesa de madera saboreamos dulce vino y sabroso pescado asado, a través de las ventanas cuadradas vemos una gasolinera echando humo, una goleta de alas de gaviota...

Subimos a la ciudad sorteando calles retorcidas pléticas de historia. Observamos casas de ventanas pequeñas, de puertas molduradas, de tejados vetustos, de fachadas barrocas y coloniales. Al doblar una esquina llegamos a la iglesia que edificaron allá por 1575 los colonos portugueses y esos muros revocados por infinitas plegarias nos dicen de tragedias populares, de guerras y revueltas, de fiestas y alegrías. Así corren rápidas las horas entre pitadas de vapores, cantos de pájaros, graznidos de ánades, colores, historia y ensueño. Llega la hora indeseada de partir y lo hacemos esta vez por la más antigua de las carreteras, calzada de adoquines que se desarrolla entre las montañas ascendiendo hacia Curitiba por las foscas cubiertas de helechos y musgos.

Las imágenes de lo vivido nos acompañaron aquella noche y hoy ya pasado bastante tiempo, en los momentos de recogimiento intelectual, retornan las visiones y el trencito de nuevo lo sentimos pitar y crepitar....

Luis Alberto MUSSO

(Especial para EL DIA)



Otra muestra de arquitectura de fin de siglo



Arquitectura de fin del siglo XIX. Derroche de habilidad artesanal



El mesón junto al mar

EN los números 2006 y 2007 —correspondientes a los días domingo 19 y 26 de diciembre ppdo.— aparecieron dos interesantes notas sobre "Los cuadros nacionales de Hequet a la luz de la verdad histórica, debidos a la pluma del historiador don Aníbal Barrios Pintos. Son precisamente los fueros de esa "verdad histórica" los que me impulsan a redactar esta breve nota, por cuanto, lo que diré, se refiere a los orígenes y ulterior realización de los bocetos pintados por Diógenes Hequet sobre "Episodios de la Independencia".

Efectivamente, fue por el año 1895 que "la prensa montevideana difundió la noticia del plan de los señores Sierra y Antuña sobre la base de editar una colección de cuadros históricos, en una serie de episodios señalados de nuestra independencia". Tengo a la vista un artículo publicado en el diario "La Razón" de 15 de agosto de 1895. En él, los señores Sierra y Antuña, pasan revista sobre las carencias y deficiencias que experimentaba la enseñanza de la historia en las escuelas primarias de la época. Se refieren, también, a la gloriosa gesta de la independencia nacional, para luego anunciar su propósito: "Es esa sublime epopeya de nuestra independencia, la que queremos rememorar de una manera indeleble en una serie de veinte cuadros". "De la ejecución de nuestra idea se ha hecho cargo el inspirado pintor

nacional Diógenes Hequet". Y agregan: "Para el éxito de nuestra idea, contamos en primer lugar con la inspiración y conocimientos artísticos del encargado de ejecutarla; es criollo, conoce nuestra idiosincrasia,..."

Como se ve, la idea creadora de "rememorar de una manera indeleble en una serie de veinte cuadros", "la sublime apopeya de nuestra independencia" no nació de Diógenes Hequet; aunque Hequet, fue el inspirado ejecutor de la obra. Más precisamente, la idea creadora fue del señor Enrique M. Antuña, vocacionalmente un historiador, preocupado por la causa de la enseñanza de la historia en las escuelas primarias, como base y fundamento de la orientación en formación.

Cierto que cada boceto salido del pincel de Diógenes Hequet fue presentado al público por los señores Sierra y Antuña, propietarios de la librería del "ATENEO", que abrió sus puertas en la calle 18 de Julio No. 202-204, entre las de Daymán y Arapey, hoy Julio Herrera y Obes y Río Branco.

El señor Sierra era sólo comerciante; mientras que, el señor Antuña, además de comerciante era historiador y periodista. Por ello, las notas periodísticas que precedieron la aparición de cada boceto, salieron siempre de la pluma del señor Antuña, quien las firmó.

A esta altura de mi evocación no resisto el impulso de transcribir lo que decía el señor Antuña en su último artículo sobre el "congreso del año XIII", publicado en "La Razón" el 8 de julio de 1897. Decía: "Ha estado feliz el artista en la composición de este cuadro, porque ha sabido romper la monotonía que es el gran escollo en los cuadros de asambleas". "Hay variedad de actitudes, que indican diversidad de caracteres, aunque todos los rostros muestran profunda atención". El señor Antuña expresa así la aprobación satisfecha de quien se ve fielmente interpretado en los distintos matices que conforman el hecho histórico mentalmente evocado y que, el artista, recrea estéticamente en su forma y en su fondo.

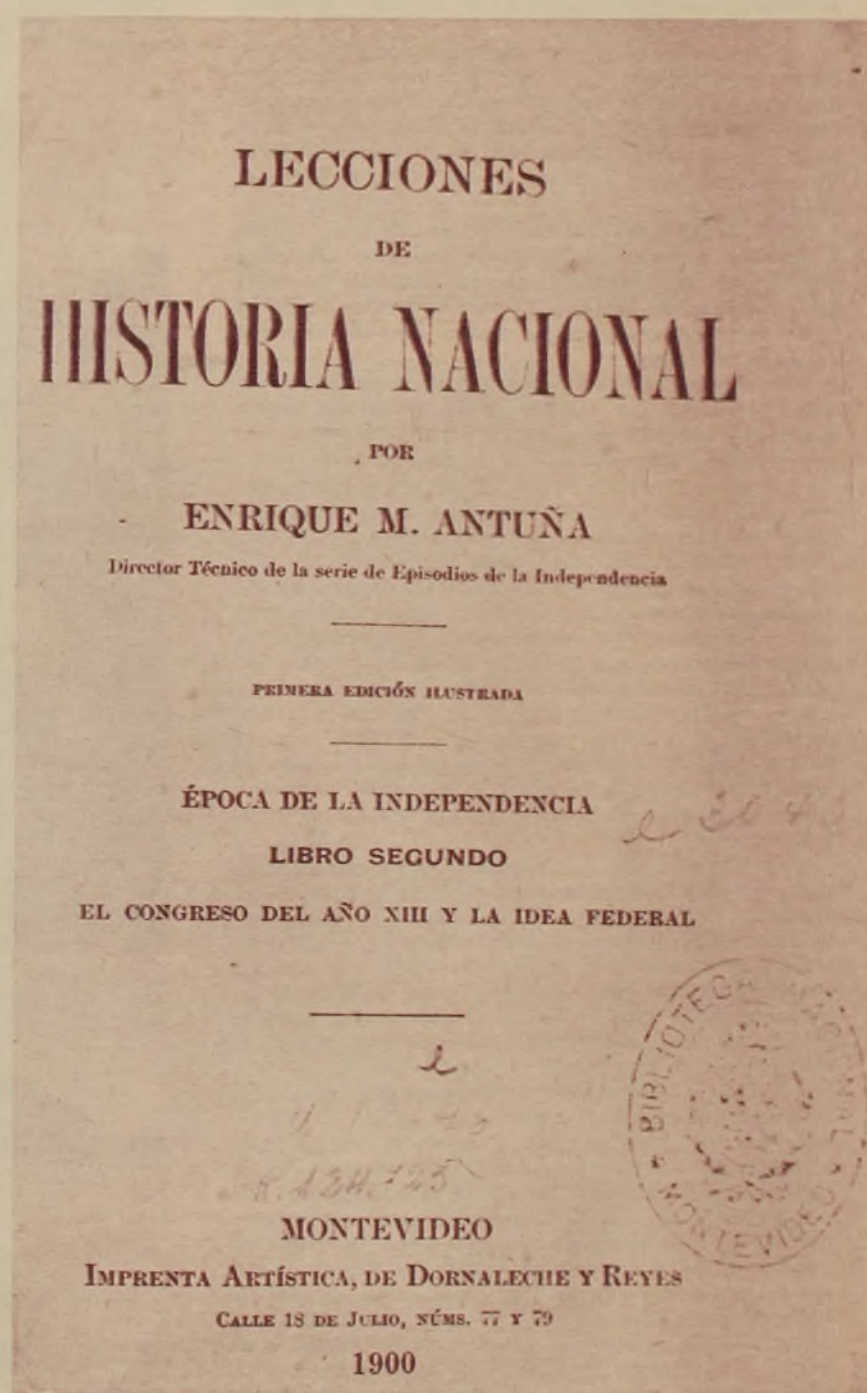
Si Hequet fue un artista inspirado, Antuña fue, a su vez, un historiador erudito. De la unión de ambos talentos pudo surgir y surgió, ese raro binomio que tanto hizo en pro de la noble causa de la educación popular. Ambos se identificaron en un esfuerzo común: Hequet, dio su arte incomparable; y, Antuña, la dirección técnica de la serie de "episodios de la independencia", como legítimamente le gustaba destacar.

Antuña, como historiador, encaminó sus preocupaciones a la enseñanza de la historia en el ámbito de las escuelas primarias. Sobre la calidad de su obra, se expresaba de la siguiente manera la comisión de

Algo más sobre los



Enrique M. Antuña, coautor, con Héquet, de la serie de cuadros "Episodios de la Independencia". (1868-1910)



Carátula del 2º libro de "Historia Nacional", por E. M. Antuña

Textos de la Dirección General de Instrucción Pública, en su informe redactado en mayo de 1901: "Por no formalizarse el estudio de la Historia Patria más que en el 5º año de los cursos primarios por él ha creído la comisión empezar a introducir el texto correspondiente". "Y no ha estado exento de dificultades el trabajo de la adopción, porque ningún libro se adapta a las necesidades de la enseñanza de esta materia". "Todos o casi todos los que pueden ponerse en manos de los niños, se reducen a referir hechos; uno solo, el del señor Enrique M. Antuña, entra además en consideraciones tendientes a explicar la influencia de los acontecimientos en el desarrollo político y social del país durante los tiempos coloniales y desde la época de su Independencia..." Y termina su fallo en el sentido de que: "es el único que se adapta a las necesidades de la enseñanza de la Historia Nacional".

Pero, además, en la serie de libros "Lecciones de Historia Nacional", Antuña introduce la particularidad de ilustrar la historia gráficamente, y para ello utiliza los bocetos de Diógenes Hequet, de los cuales fue sin duda alguna co-autor y director técnico. Declaro que no soy pedagogo pero estimo que no es menester mucho esfuerzo mental para alcanzar la enorme importancia que, en el orden de la enseñanza, pudo tener, y tuvo, tal iniciativa.

Antuña y Hequet integraron un binomio de personas unidas fuertemente por el signo de la amistad. Entre ambos no hubo jamás la menor rivalidad que menoscabara su afecto mutuo o disminuyera su esfuerzo común en el logro de una causa que fue para ellos igualmente grata e imperativa.

En marzo de 1898, en carta dirigida a nuestro gran escultor don Juan Ferrari, Antuña se expresaba de este modo: "Juan Ferrari, hijo, es y será en el arte escultórico nacional, lo que Hequet en la pintura patria". "Antes de ahora lo dije desde las columnas de la prensa: Hermanos en el arte, unidos escalarán las cumbres de la gloria, trasladando a la tela el uno, las páginas brillantes de nuestra historia; modelando en duro bronce, el otro, la eterna figura de nuestros héroes".

Podría citar numerosos pasajes de igual calidad laudatoria; solo me basta para evocar la amistad que los unía transcribir algunas líneas de lo escrito por Antuña en "La Razón" de 21 de agosto de 1902, bajo el peso de la emoción provocada por la muerte sorpresiva de su amigo y del artista: "Bien pocos años hace, que el que estas líneas escribe, abrumado hoy bajo el peso de muy íntimo y profundo dolor, decía en estas mismas columnas refiriéndose a la serie de "Episodios de la Independencia": "Con Hequet será una realidad nuestro querido ideal; él cosechará glo-

ria, cuyos reflejos llegarán hasta nosotros, como llegan los rayos del sol hasta el humilde arbusto que crece al pie del gigantesco ombú de nuestras cuchillas".

Antuña creador y promotor de una obra que fue cara a sus mejores esperanzas intelectuales, prefirió dejar para el artista amigo la gloria que, con el esfuerzo de ambos, pudieran cosechar, satisfaciéndose sólo con los reflejos de esa gloria. Y si esto fue así durante la vida de relación de dos hombres que juntos trabajaron en pro de un mismo ideal, nosotros carecemos de otra opción que la de aceptar los hechos como fueron. Pero, esto, no nos impone la obligación de callar aquello que sabemos ciertamente: la verdad histórica exige el testimonio honesto de quien está en posesión de algo que le incumbe.

Igual que Hequet, Antuña murió también joven: en setiembre de 1910. La obra de ambos pasó desapercibida durante un largo período de tiempo. Por eso creo que hizo bien el historiador Aníbal Barrios Pintos, en publicar en el suplemento dominical de EL DIA sus dos excelentes notas. Por mi parte, espero que estas líneas sirvan de alguna manera para completar la información histórica que él se propuso dar.

José Pedro ANTUÑA

(Especial para EL DIA).

cuadros nacionales de Héquet



Lámina que ilustra las lecciones 3 y 4 del 2º libro de "Lecciones de Historia Nacional"

El Héroe y su antítesis

EL heroísmo, flor exquisita y rara de la energía espiritual, no se prodiga sobre la tierra. Por ello la antigüedad honraba a los héroes como semidioses. Es tal virtud una imbricación sutil del amor-valor, sentimiento sublime que no es amar al prójimo como a sí mismo, sino más que a uno mismo; que no teme dejar en el campo de batalla la armadura de materia deleznable con tal que la magna acción rescate la vida de un hermano en peligro.

Al egoísmo del hombre común se opone el altruismo del héroe o salvador. Del primero es la arcilla de los Sanchos. Del segundo, el metal de los Quijotes. Sancho tiembla, teme. Es el hombre de carne y hueso, el padre de familia y por ende, conservador. Quijote, como los cenobitas, no tiene ataduras a la tierra, ni de mujer ni de hijos que lo hagan mirar hacia atrás puesta la mano en el arado. El sólo dispone de sí y es el héroe por autonomasia. No lo obliga el rígido deber. Se ofrenda en el más soberano acto del libre albedrío sobre los impulsos de supervivencia. Así dice: "Yo soy aquél para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos". "Ya el corazón me revienta en el pecho por el deseo que tiene de acometer esta aventura por más dificultosa que se muestre". A lo que responde Sancho: "Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer estos peligros. Ahora es de noche, aquí no nos ve nadie; bien podemos torcer el camino y desviarnos aunque no bebamos en tres días y, pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos tache de cobardes".

La osadía sin límites del Quijote es el nervio de su grandilocuente locura. Sancho, hombre normal,



tiene un bien desarrollado instinto de conservación que le aparta de todo gesto desmesurado que ponga en riesgo la integridad de su persona. Tiene miedo. Es el antihéroe. En cada instante en que su amo se juega temerario él se pone a temblar. Y esa temeridad juzga indicio cierto de sinrazón.

En la aventura de los leones baja Quijote de Rocinante para evitar el espanto de su cabalgadura a la vista de las enormes fieras y queda a pie firme mientras Sancho, aterrorizado, pica al rucio procurando disparar y apartarse del carro.

En el héroe hay una anomalía. Algo posee en exceso y otro tanto le falta. Carece del apego a la existencia tan arraigado en el hombre normal y desborda lo común por su sobrehumano altruismo. Bástale a Quijote que las dueñas barbadas se le presenten con lastimoso aspecto y le propongan el arriesgado medio por el cual puede aliviarles, para que no vacile en exponer la vida. Ansioso está de montar en Calvileno en el ímpetu del más allá que anima a los héroes de todas las épocas, mientras Sancho flaquea, los ojos llenos de lágrimas:

"Yo aquí no subo porque no tengo ánimo ni soy caballero". Y pide al fin, viendo que no hay manera de huir, que lo ayuden en el trance con sendos paternostres y avemarias.

Para Don Quijote el vivir sólo vale como ocasión de actos heroicos. Sus gestos recogen la herencia de la Caballería Andante en el impulso místico que la animó y que venía desde el Gólgota hasta las heca-



tombes del circo romano. Jamás teme enfrentarse con la muerte; no tiembla ante ella porque se sabe eterno; porque su misma grandeza de alma le anticipa la inmortalidad.

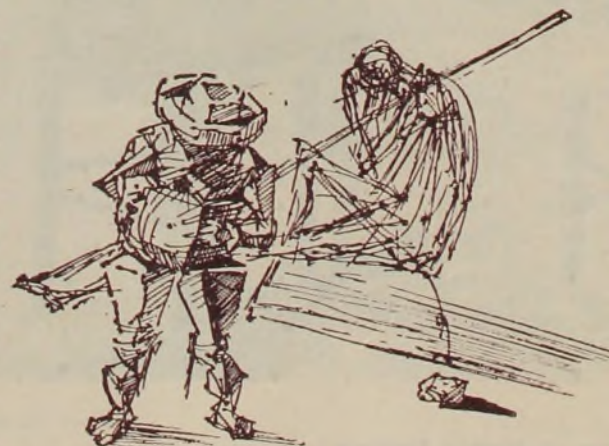
Podría repetir con Teresa de Avila: "Vivo sin vivir en mí y tan alta vida espero, que muero porque no muero". Es que el héroe constituye uno de esos arquetipos únicos y selectos para quien la suprema dicha es ofender su existencia, mientras el vulgo al revés, considera que la felicidad es munirse de cuanto le ayude a vivir más y mejor aun a expensas del prójimo. Sancho, el hombre común, es pusilánime. No quiere arriesgar su vida. Y el temor es la respuesta de su instinto de conservación a situaciones de riesgo. "Pensó Sancho —refiere Cervantes en la Visita de las Galeras— que el cielo se desencajaba de sus quicios y venía a dar sobre su cabeza y agobiándola, lleno de miedo, la puso entre las piernas". Y en la cueva donde lo encuentra Don Quijote dile a su amo: "Señor, me estoy muriendo de miedo. Y, cuando al fin de su gobierno de la Insula, con el fingido asalto, vienen los tunantes a pedirle el socorro de su coraje, queda "confuso y lleno de temor y espanto".

Los pavores de Sancho son el contraluz en que resalta agigantado el valor de Don Quijote, el esfuerzo eminente de su voluntad de abnegación que lo lleva a realizar hechos extraordinarios en pro de las altas causas. Y para estar presto al sacrificio castiga el cuerpo mientras que Sancho tiembla ante la idea de darse los azotes que se le imponen para el desencanto de Dulcinea y los latigazos son al fin contra un árbol engañando así la candorosa confianza de su Señor.

Pero a pesar de estas pequeñas socarronerías de pícaro que se ingenia para sobrevivir en condiciones adversas, hay en Sancho una gran lealtad sostenida que nos hace perdonar su falta de coraje; que pasamos por encima de sus miedos y sus debilidades; tan humanas en lo que cuidamos y complacemos el cuerpo; tan humanas como nuestras flaquezas desde las que nos parece locura el grado sumo del valor quijotesco cuyo signo inconfundible es la dádiva de sí mismo en el sacrificio por los demás.

Estrella GENTA

(Especial para EL DIA)



Ilustraciones de Salvador Dalí

AZARA volvió por última vez a la Banda Oriental para regentar en su zona norte la empresa poblacional que el Virrey Avilés había impulsado para solucionar los diversos problemas de su páramo desértico. Ahora a esos efectos en calidad de Comandante General de la Campaña.

Era curiosa la coincidencia y la aproximación de los extremos de su carrera en la cuenca del Río de la Plata. En sus inicios había actuado como delimitador de la frontera brasileña iberoamericana, en representación de la madre patria española. Veinte años más tarde, en buena parte por su propia sugerencia, perseguía aquel objetivo en forma más práctica, tras la experiencia de infinitas inoperancias concurrentes, en búsqueda del arraigo de los hombres a la tierra discutida, que determinaría la fijación definitiva de aquellos límites comprometidos.

OPORTUNIDAD DE UN RELEGADO

Valga este introito para acompasar el anunciado epistolario de Félix de Azara con Miguel Lastarria, el activo pariente (afirmación de la Dra. Florencia Fajardo Terán) y capacitado secretario del Virrey Avilés, en el cual en forma espontánea quedó grabada su acción y pensamiento de la época, antecedente indudable de su "Memoria Rural del Río de la Plata", de gestación simultánea. Esta correspondencia ha sido ubicada a través de sus originales y copias ofrecidos en oportunidad del "Juicio de residencia" de Avilés, como elemento comprobatorio de la diligente actuación del gobernante. En los archivos históricos de Madrid, Indias (Sevilla) y Buenos Aires, particularmente, ha sido posiblemente conjuntar aproximadamente la mitad de sus piezas, que a la espera de la aparición del resto de los oficios, encamina válidamente para comprender su obra.

A su través se vislumbra como Azara apreció y utilizó la oportunidad que le ofrecía el nuevo Virrey y el desencanto que obró en su espíritu al enterarse de su precipitado reemplazo. Es que había sacrificado cuatro lustros de atención específica de aspectos subestimados por los diversísimos jerarcas generales y locales del Virreinato; en pesimismo de objetividad singular que le demostraba la paralización premeditada de las mejores gestiones y actividades, por parte de la interesada y diabólica máquina burocrática, que sistemáticamente había sabido apartarlo, e inutilizarlo. Lo que en el fondo significaba veinte años de olvido americano para una carrera castrense en la que debió poner las mejores ilusiones. Ahora se daba su turno y podría aportar los valores positivos de su experiencia y autididacta capacidad como se intuye línea a línea. Lástima que también afloraron profusamente negatividades de comprensión de los seres humanos del medio. Tanto más extraño en quien supo conocer el mínimo detalle de nuestras hierbas e insectos...

Fueron estas comunicaciones, por encima de los partes rutinarios, un expediente semanal de especialísima practicidad que les permitió agilizar trabajos y soslayar trabas de carácter administrativo de gravitación y lentitud impensurable. No cabe otra cosa que pensar cuándo uno inventaría cientos de obrados, planes y decretos, que so pretexto de realizaciones afines quedaron en otras tantas idas y venidas, vueltas y revueltas entre décadas y más décadas sin llegar a nada concreto, que hacen entrar en sospecha sobre si en verdad estuvieron destinados a encarnar por sobre la tinta y el papel. Y lo cierto es que Azara cumplió su tarea a tambor batiente. No importa que luego fuerzas insuperables destruyeran su imponderable esfuerzo.

CARRETAS EN MARCHA

La primera observación que priva en su epistolario desde las comunicaciones iniciales, es algo así como una obsesión permanente de ahorro y buena administración, que debe de haber sido largamente conversada y seguramente exigida por Avilés. Azara llegó a Montevideo el 19 de agosto de 1800 y en menos de un mes solucionó la transacción final con las familias que, primitivamente destinadas a la Patagonia, estaban colocadas en las cercanías de la capital; al mismo tiempo que el Ministro de Hacienda de Maldonado don Rafael Pérez del Puerto liquidaba idéntico cometido en la zona este, con el mismo éxito.

En su carta desde Montevideo el 17 de setiembre de 1800, Azara da gozosa cuenta a Lastarria: "si fuera dable escribir bailando, lo haría yo de gusto, siendo que me he desprendido totalmente de 146 familias pobladores de que no quedé manco ni tullido con solo unos 7.000 pesos. Igual número que se fijaron en el pueblo de las Minas creo que costaron más de cien mil, y algunos dicen 150.000 contando sus alimentos en el tiempo que se tardó en formar el Pueblo, en el importe de las casas, semillas, tierras, bueyes, y en el año de alimento después". Si uno piensa que



Azara. Grabado en acero de una edición francesa de sus obras (1847)

Gentes útiles para Batoví

Según cartas de Azara

el costo presupuestado inicial de ese establecimiento fue de alrededor de la décima parte (\$ 21429 para San José y Minas y un total de 345 personas, según Apolant en "Operativo Patagonia")... aunque se provenga de informaciones fantasiosas...

Siempre estará presente esa constante de ahorro, que de entrada liberaba a Avilés y al erario de \$ 50.000 anuales que se llevaban los ex pobladores patagones. En medio de su lamentación pesimista, rezago espiritual de fracasos anteriores de la que le es difícil desprenderse, que le hace decir y explicar: "pero como he visto siempre que lo duro y pesado de las cargas recaen sobre mí siempre, reclo que tome el expediente de enviarme (Pérez del Puerto) a Batoví la mitad de sus familias, bajo el pretexto de que no caben en Rocha. Este temor me hizo pensar en pasar a Maldonado con la idea de formalizar una transacción con aquellas familias y abreviar tiempo, las dificultades y costos; pero no me he determinado por no meterme en asuntos ajenos, y porque la verdad no desconfío absolutamente de Pérez, a quien he encargado con la mayor instancia que trance y corte, como yo lo he hecho aquí". Su prevención fue injustificada; al extremo que prácticamente ninguna familia de este núcleo marchó hacia Batoví, y sólo existe constancia de una de ellas que llegó a esa localidad, cuando estaba en poder de los lusitanos.

Dos días más tarde, ya listo su convoy de carretas, se puso en marcha lenta hacia Cerro Largo, que convertiría en su punto de apoyo, enlace y comunicación con Montevideo y Buenos Aires: "Espero que no me falten gentes útiles para poblar aquellos campos (de Batoví), desde donde tal vez propondré alguna idea que ahorre al Erario otro tanto más de lo que he ahorrado con los pobladores." A mayor abundamiento agregaba: "Su Excelencia me ha enviado gentes que pretenden ser incluidos entre los pobladores de donde fueron excluidos para que yo los determine; y lo haré negativamente; porque tratándose de exterminar la polilla, sería locura fomentarla por otro lado. Todos

alegan miserias y enfermedades, y aunque algunos me llenan de lástima, mayor es la que tengo del Erario, y no juzgo se puede hacer limosna con el dinero del que lo necesita más que nadie. Estos son mis principios en materia de Pobladores (que en seguida aplicaría al pie de la letra desde Cerro Largo). Algunos me llaman cruel; pero yo hago lo que me parece justo, y no lo que me alabarían."

EN CERRO LARGO

La primera etapa de su viaje fue cumplida con felicidad, haciendo reclutas en su marcha hacia Cerro Largo. Desde aquí menudean las cartas a Lastarria con novedades, apreciaciones y sugerencias de la marcha y las guardias militares, que excederían las posibilidades de divulgación periodística. Por eso se seleccionarán aspectos menos conocidos en la profusa historiografía poblacional del momento realizada por González, Mariluz Urquijo, Pereda, Fajardo, Gadea, Dutrenit, Campal, el Archivo Artigas, etc., tomados de las cartas prácticamente inéditas en nuestro medio.

El 8 de octubre informó: "En este pueblo hay un buen Comandante, pero bastantes enredos con motivo de no haberse señalado bien las tierras cuando se las dieron. Yo he dicho al Comandante que vea de cortarlos, enviando a algunas de las partes a Batoví y haciendo a la otra nueva merced."

Con la mente en su empresa que debía cumplir cincuenta largas leguas hacia el norte a desbravar y a ritmo de bártulos y carretas, se lamentaba de la escasez de su tropa (25 hombres, cuando yo quisiera 50) forjando esperanza en aumentarla con la incorporación y regreso de las que estaban de "partida". Aun cuando un mes más tarde desde el centro poblacional de su interés consideraría que no era necesaria en la localidad, habría que dejar en Cerro Largo sólo los soldados "precisos para chasques", por lo cual sería ne-

el Rey los 4.000 pesos. Para esto será menester que los oficiales y soldados se busquen y paguen la ración de carne, como lo hacen los de las guardias desde Montevideo a Santa Teresa. Si se quisiera aun podrían repartirse para la ración 2.000 pesos, ahorrando al Rey otro tanto y el destroz de muchos caballos que sirven a los Peones. Todas las Guardias tienen estancias cerca de qué surtirse, menos las de Batoví y su inmediata; pero luego que se pueble aquella estarán en igual caso."

El 19 de octubre expidió un edicto que difundió por todos los partidos de la campaña convidando a las personas de "todas las condiciones" que quisiesen establecerse en las futuras poblaciones a fundar, bajo la calidad certificada por parte de sus respectivos jefes y jueces de "buena conducta" "ofreciendo mejoras en las donaciones de terrenos para casas, chacras y estancias a los que fuesen más acomodados y de mejor conducta". Es decir, eliminó aquella "polilla" de su castizo decir, con la finalidad de obtener una base humana trascendente para su empresa pobladora: "gentes útiles". Artigas en 1815 usó la expresión aún de "braxos útiles".

LA QUEMA DE 1798

También en Cerro Largo se enteró de que en la zona de Batoví que iba a repartir se habían establecido ilegalmente pobladores portugueses, lo que le permitió en ese mismo oficio precisar y distinguir situaciones, e incluso recordar su enérgica acción de 1798: "Es de saber que por aquellos parajes está señalada y amojonada la Línea divisoria con acuerdo de los Comisarios de ambas naciones. Por consiguiente dichos Pobladores han incurrido en la pena del artículo 17 del Tratado, sin que esto pueda tener la menor duda; en cuya virtud pienso enviarlos presos a Montevideo a disposición de Su Excelencia. Debe hacerse diferencias entre este trozo de Línea de que hablo, el de las demás guardias; porque de Batoví a San Martín está la línea según he dicho señalada con acuerdo de ambas Potencias, y de Santa Rosa hasta la Laguna Míni no hay nada señalado y todo está controvertido..." Pocos como él tenían autoridad para hablar al respecto. Llegaba a afirmar que era conveniente "poblar de Batoví a San Martín, no sólo porque antes de cuatro años llegarían por allí a Misiones las usurpaciones portuguesas, sino también porque por allí era el tránsito de contrabandistas y ladrones." Su experiencia así lo avalaba y le hacía recordar: "La otra vez que estuve aquí me temieron tanto los portugueses, que mi Teniente Coronel fue delante de mí y en dicha distancia de Batoví a San Martín quemé más de sesenta estancias portuguesas establecidas en lo nuestro, y haciendo retirar a los estancieros y sus ganados y familias a sus domicilios. Dios quiera que ahora hagan lo mismo y que me liberten de la precisión de enviar a los presos a Montevideo, como no puedo menos de practicarlos."

En próxima nota veremos sus cartas de Batoví hacia donde marchó en seguida con su convoy de carretas y gentes incentivadas por el edicto agrario, en el cual servían a sus órdenes en calidad de Ayudantes el Teniente del Regimiento Fijo de Infantería de Buenos Aires José Rafael Gascón y el Ayudante del Cuerpo de Blandengues de la Banda Oriental, José Artigas.

Flavio A. GARCIA

(Especial para EL DIA)



Fragmento del mapa de Torrente que abarca la zona de nuestro interés



Dominguez



Sturla

En una crónica anterior⁽¹⁾ nos hemos referido a la frustración que se sufre cuando se desea conocer la vida y obra de pintores nacionales de la segunda mitad del siglo pasado y comienzos del presente, que no sean las grandes figuras de la pintura nacional. (Aunque, ¿dónde están las biografías de un Carlos Sáez o de un Manuel Larravide?...)

W. E. Laroche, autor de la obra probablemente más completa del punto de vista historiográfico sobre los pintores nacionales,⁽²⁾ donde alternan las grandes figuras con artistas menos dotados, incluye un capítulo titulado "Los desconocidos", en el que menciona una pléyade de pintores activos en el Uruguay de los que existe ninguna o escasísima información.

Las causas de esta situación tienen raíces muy profundas y se reparten entre omisiones tanto de particulares como del Estado. Tiene que ver tanto con la destrucción de archivos particulares de pintores (¿saben nuestros lectores que el archivo gráfico del pintor Pedro Valenzani que actuó en una época importantísima de nuestro proceso institucional, fue incinerado hace tres años?), como con el permitir la extracción desembozada de platería colonial religiosa del País (hay un ejemplo reciente, muy lamentable). Se relaciona tanto con la escasez de investigaciones originales en la historia del arte uruguayo como con permitir el remate de una obra de uno de los marinistas más cotizados de la Argentina, que fuera obsequiada a un ex presidente del Uruguay, en su calidad de tal, y que, por tanto, pertenecía al Estado. Es de esperar una reacción, al respecto.

Volviendo a nuestro tema, una figura de la que se sabe muy poco es el pintor E. Wenceslao de Guimarães. Mencionado por W. E. Laroche como dos artistas diferentes, hemos hallado prueba documental de que Wenceslao, firma que aparece en algunas representaciones de la bahía de Montevideo, y Guimarães son el mismo artista.

De él dice Laroche que "es autor de un óleo, tela que reconstruye el incendio del buque de guerra "Bombay" frente a Montevideo, el 15 de diciembre de 1864" y que "en 1886 recogió en un óleo de regular tamaño una vista del "Puerto de Montevideo" que deambuló en casas de remates hasta su adquisición por el Museo Histórico Municipal".

No es, evidentemente, un artista muy solvente y tiene mucho del enfoque de los "naifs", dibujo rígido, gran detallismo y falta de diferenciación de los planos. Aun así, es difícil sustraerse al encanto ingenuo de sus representaciones, que presentan un valor documental innegable, como la que reproducimos.

Con referencia a Máximo Sturla concedemos que es discutible llamarlo un marinista. Ciudadano legal uruguayo, nacido en España en 1883 fue un destacado alumno del Círculo de Bellas Artes y falleció en París en 1909 a los 26 años, donde había llegado en usufructo de una beca concedida por el Gobierno uruguayo. Se halla representado en el Museo Nacional de Bellas Artes por cuatro obras una de las cuales es una marina.

Hemos localizado en una colección privada otras dos marinas, una fechada en 1907, de pincelada vigorosa y entonadas con sensibilidad, con las que ilustramos esta crónica. En la que representa un antiguo muelle de madera y galpones de zinc, del puerto de Montevideo, el tratamiento, casi constructivista de los volúmenes anticipaba un gran valor, infelizmente troncado en sus comienzos.

Por último, ¿qué lector nos podría decir algo de Dominguez, del cual no hemos hallado ninguna referencia y cuya soltura y agilidad en tratar el tema marino se puede apreciar en la obra que reproducimos? No se halla representado en el Museo Nacional de Bellas Artes y hace pocos meses se subastaron tres obras del mismo en una céntrica casa de remates.

Carlos A. BAUZA ARAUJO

(Especial para EL DÍA)

¹⁾ BAUZA ARAUJO, CARLOS A. — 1) Marinistas Nacionales poco conocidos: Antonio Curci, Enrique Domoff y D. de Roblowsky. Suplemento Dominguez de EL DÍA (16/1/1972).
²⁾ LAROCHE, W. E. — Derrotero para una Historia del Arte en el Uruguay. Montevideo, Montevideo, 1961.



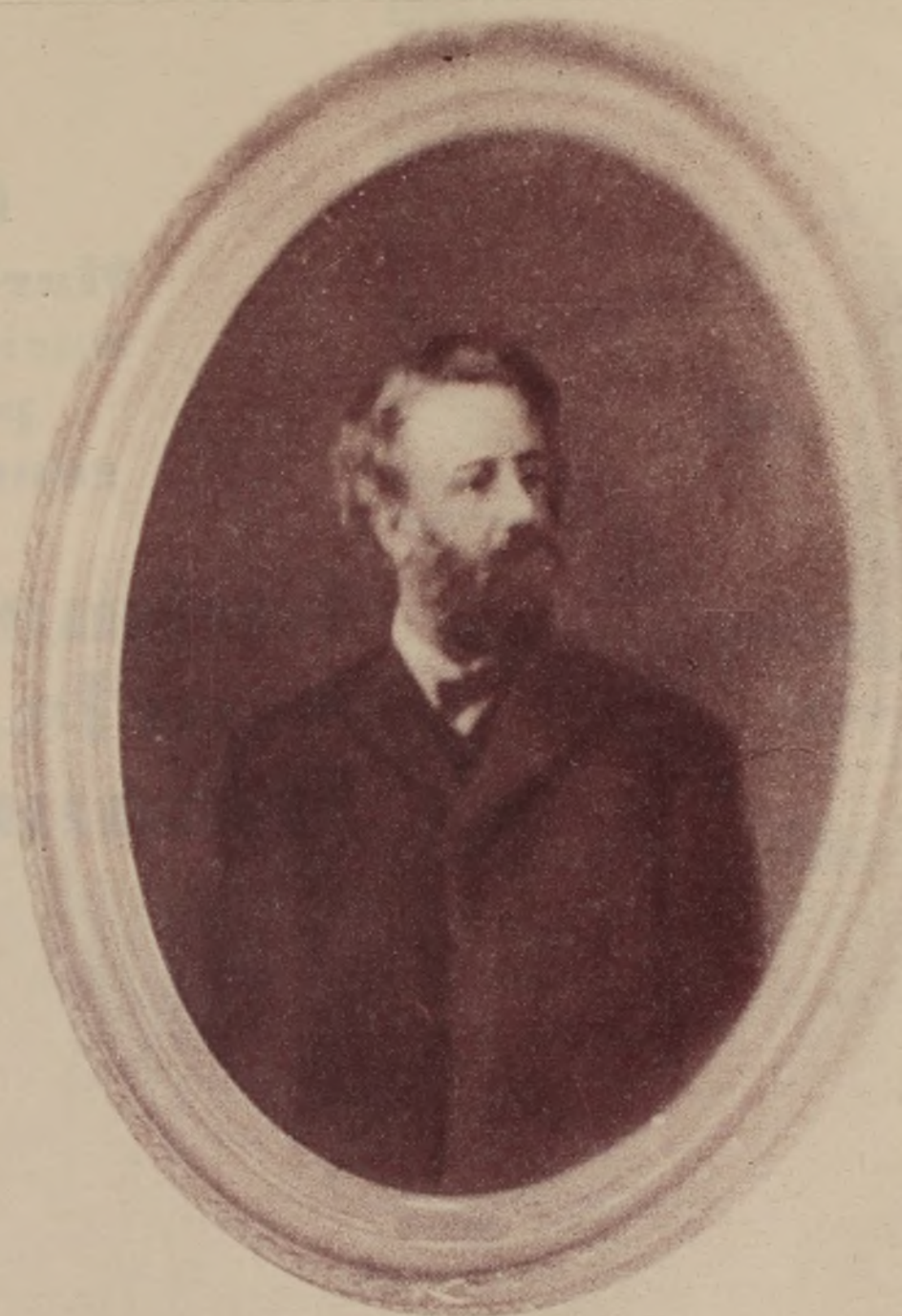
**(II)
Marinistas
nacionales
poco
conocidos**

**Guimaraes,
Sturla,
Domínguez**



Los Caballeros de la Luna:

una visita al nieto de Julio Verne



PARECE que siempre se ha dicho todo y que no queda nada para agregar sobre la OPERACION LUNA. Sin embargo, cada tanto, y usando términos de la materia, una idea golpea como meteorito en la corteza de nuestro entendimiento. La conquista del astro de la noche se muestra esfumando la memoria de Julio Verne en vez que contribuyendo a exaltarla: como cuando el invento desgasta a su inventor, la realidad a la magia, el despertar al ensueño.

El Hombre es un permanente conquistador en actividad o en potencia. Conquistar es la razón de su vida; la vida misma. La pasión de la lucha, que puede alcanzar tonalidades dramáticas en ocasiones, se desvanece con la realización del fin en una decepción sin lágrimas.

Julio Verne, por casi un siglo, deleitó con sus páginas tenidas por irreales a la Humanidad, hasta la hora en que el Hombre las hizo ciertas poniendo el pie sobre la Luna.

Pasado el primer entusiasmo, el deslumbramiento de la consagración, la aventura se ha vuelto rutina. el tele-espectador se adormece frente a la pantalla que ofrece con realismo sorprendente todos los detalles de la exploración.

Su pálida y romántica figura, de compaciente compañía nocturna para poetas y enamorados, ha pasado a ser un prosaico, viruloso laboratorio, mientras que en la trastienda de los encantos la imagen de Verne aparece cuestionada, como la del prestidigitador al que se le han caído los naipes de la manga...

Como en todas las circunstancias, la realidad, por cuanto grandiosa, no vale lo que el ensueño de gestación.

Tenemos para nosotros que las nuevas generaciones poco saben de la obra que hace CIENTOS años produjo Julio Verne con riqueza de imaginación y exactitud técnica que sorprenden.

El título del libro, de por sí, esquematiza la aventura con precisión asombrosa: "VIAJE DE LA TIERRA A LA LUNA — en cuatro días, una hora y veinte minutos".

Hizo partir su proyectil-cápsula (habitado por tres astronautas) de Tampa Town —posteriormente llamada, también, Ciudad Luna—, en la Península de la Florida, Estados Unidos de América, frente por frente a Cap Cañaveral, en el mismo paralelo y escasos doscientos kilómetros de separación.

La velocidad inicial de partida fue calculada en 10.920 metros por segundo y el proyectil, tripulado por tres astronautas, tenía las mismas dimensiones, capacidad y peso que la futura cápsula Apolo.

"Aquél no llegó a destino" —leemos en la última página a modo de epílogo—. "Ha pasado cerca de la Luna, pero lo suficientemente para ser retenido por la atracción del astro. Su movimiento rectilíneo ha cambiado en movimiento circular de rapidéz vertiginosa, y es arrastrado por una órbita elíptica alrededor de aquella, de la que se ha vuelto un verdadero satélite. Dos hipótesis pueden producirse: o la atracción de la Luna terminará por arrastrarlo y los tripulantes alcanzarán el fin de su viaje, o, mantenido en un orden inmutable, el proyectil gravitará alrededor del disco lunar hasta la terminación de los siglos".



Dos generaciones: el retrato de Julio Verne en el esplendor de su fama, y su nieto

— Introduction —
 Chapitre Préliminaire
 qui est une la première partie de —
 l'ouvrage, pour servir de préface à la seconde

A Comptes
 en l'attente
 ou sous le
 teste

et commencer par
 Chapitre premier
 au chapitre II.

En l'année de l'an 186, le monde
 fut agité par une catastrophe
 qui eut pour résultat dans les années
 suivantes, les membres du Gun-Club, arde-
 ments fonde à l'altitude peu après la
 terre d'Amérique, avaient eu l'idée de se
 mettre en communication avec la Lune en
 lançant un boulet. Leur président Barbican,
 promoteur de l'entreprise, ayant consulté à ce
 sujet les astronomes de l'Observatoire de Cambridge,
 à l'égard les mesures nécessaires au succès de la
 grande entreprise. Après avoir provoqué dans la
 presse une souscription publique qui
 obtint près de trente millions de francs, il
 mena ses gigantesques travaux.

Suivant la note rédigée par les membres de
 l'observatoire, le canon destiné à lancer le projectile,
 doit être établi dans un pays situé entre 0°
 20° de latitude nord ou sud, afin de viser
 dans un point. Le boulet devait être animé d'une vitesse de 11,200
 mètres par seconde. Il devait
 être lancé le 1^{er} décembre, à onze heures moins
 dix minutes et vingt secondes du soir. Il rencontrerait
 la Lune quatre jours après son départ, le 5 décembre
 à dix heures, à l'instant même où elle se trouverait

Fragmento de una fotocopia del original de una pá-
 gina del "Viaje de la Tierra a la Luna" de Julio Verne

Península de Florida, en la que podemos apreciar
 Tampa-Town (Ciudad Luna) de donde Verne "hizo"
 partir su proyecto, y Cap Cañaveral —hoy Kenne-
 dy— donde funciona la plataforma de los actuales
 lanzamientos de cohetes espaciales Apolo



Verne vino a actualizar así antiguos conceptos de
 la satelización olvidados después de Newton, ciento
 cincuenta años atrás...

Se trataba, Verne, de un autor altamente cotizado
 por su narrativa amena, rica en imaginación e invi-
 tante a soñar.

Pero de ninguna manera se le atribuyó la consi-
 stencia de un Balzac, de vigoroso realismo contras-
 tante con la concesión de los soñadores.

Sin embargo, las experiencias culminadas con el
 desembarco del Hombre en la Luna, prueban que la
 inventiva de Julio Verne se apoyaba firmemente en
 los conocimientos físicos y matemáticos de la época,
 tan exactos en sus fundamentos como en el presente.

Se crea así la circunstancia paradójica de que
 mientras los escritores serios, con sus elementos rea-
 listas nos llevaban a la ficción de la novela, Julio
 Verne se servía de la fantasía para conducirnos a la
 realidad irrecusable de las ciencias.

Leímos su obra más popular cuando chicos, por-
 que en realidad parecía, entonces, más una narración
 para niños; hoy, en cambio, y al cabo de un centenio
 de su producción, sin cambiarle una coma, parece una
 obra baladí para la infancia y profundamente seria
 para los grandes.

Después de cumplida la más grande aventura de
 todos los tiempos, la novela de Julio Verne nos parece
 el borrador meticuloso del extraordinario proyecto, pa-
 sado en limpio cien años después por la NASA.

Habían pasado algunas semanas desde que leí de
 nuevo el famoso libro, cuando tuve la oportunidad
 de escuchar en Marsella al Presidente de "Los Ami-
 gos de las Letras", nada menos que nieto del insigne
 escritor, Juan Julio Verne, en una conferencia que
 intitulaba: Julio Verne, mi abuelo.

Orle, fue para mí una fiesta del espíritu. Dificil-
 mente podría repetirse la ocasión de sentir una voz
 tan autorizada en materia como la del conferenciante,
 gallardo y juvenil en la madurez de sus setenta y pico
 de años, hombre de sólido prestigio intelectual y fun-
 damentalmente entroncado al acervo familiar del au-
 tor, en toda la riqueza de matices históricos, anecdó-
 ticos y humanos.

Durante casi una hora y media Juan Julio Verne
 mantuvo en suspenso con su palabra concisa, fácil y
 oportuna al auditorio que llenaba la sala.

Al término de la plática, hubiéramos querido to-
 mar contacto con el conferencista, escucharle en for-
 ma más personal, formularle alguna pregunta... Pero
 muchos eran ya los que se habían adelantado con la
 misma intención formando "cola", y no me pareció
 justo gravar con más fatiga el esfuerzo ya bellamente
 coronado por nuestro hombre.

Pensé en una ocasión más propicia. Le escribí a
 su casa, en Tolón, a un centenar de kilómetros de
 Marsella, expresándole sencillamente lo que precede
 y formulándole mis deseos de hacerle una visita.

El señor Verne respondió de inmediato por telé-
 fono en los términos más amables y alentadores, y así
 fue que al comienzo de una de estas pasadas tardes
 breves y asoleadas del naciente invierno llegamos
 hasta su "nido de águilas", Le Vieil Huba a mitad del
 promontorio montañoso Le Farò que respalda y abraza
 la ciudad extendida junto a la costa del Mediterráneo.

La "Viell Huba es un chalet moderno asentado
 entre las escarpadas abruptas de la montaña; blanco,
 de una blancura destellante entre el verdor lujurioso
 y apretado de los pinos que tapizan las alturas, los
 valles y bajos convulsos.

Desde la terraza principal, en medio de la sole-
 dad y el silencio solemnes, en la pureza de la luz,
 del aire y de los colores, ante el inmenso espectáculo
 de la naturaleza virgen y caprichosa, con los montes
 que se entrecrocaban en sus convexidades repitién-
 dose hasta los horizontes como burbujas de un pla-
 neta en fragua, tuve por momentos la impresión de
 estar asistiendo al nacimiento del mundo... Legítimo
 desahogo de la imaginación en un sitio en que el nu-
 men de Julio Verne se hallaba vigorosamente pre-
 sente.

El dueño de casa y su esposa me recibieron con
 afabilidad encantadora. Es difícil apretar en pocas
 líneas la experiencia y las emociones del encuentro.

Don Juan Julio Verne se interesó espontáneamente
 por las elecciones llevadas a cabo en el Uruguay, ci-
 tando los nombres de los Partidos políticos que pro-
 nunciaba con seguridad casi familiar y a los que el
 acento francés vestía de cierta gracia y exotismo.

A mi vez le obsequié con un mate, soporte y bom-
 billa de la serie para regalo que tan artísticamente
 prepara nuestra orfebrería.

Los señores de casa escucharon con vivo interés
 y regocijada curiosidad la explicación que les brindé
 sobre el adminículo, su forma de uso y sitio impor-
 tante que ocupa en nuestras costumbres tradicionales
 ubicándolo luego, con evidente complacencia, de so-
 bre mesa en un lugar destacado del salón.

La evocación inicial de estas cosas tan nuestras
 nos abrió de par en par el ánimo frente a nuestros
 interlocutores en forma que a los breves momentos
 de la presentación nos sentíamos como con amigos
 en casa amiga.

"Sin duda no era todo fruto de la imaginación".
 —nos dice Juan Julio Verne con respecto a su abuelo,
 entrando en lo vivo de la conversación. "Fue un es-
 tudioso y un incansable trabajador. Comenzaba su
 labor a las cinco de la mañana y la continuaba por
 todo el día, con ligeras interrupciones, hasta las
 nueve de la noche... La Ciencia no sabría progre-
 sar sin la imaginación... Es por eso que Julio Verne
 sostenía que la Ciencia marchaba de hipótesis en
 "conocimiento".

Es evidente que toda creación del hombre es pri-
 mero una nebulosa de ensueño y de fantasía —llamé-
 mosle así— antes de precipitar en idea y en obra
 completa; etapas unas veces tan breves que no se
 advierten y otras tan largas que se olvidan.

Don Juan Julio Verne afirma enfáticamente re-
 pitiendo algunos conceptos mantenidos en su Confe-
 rencia y aclarando otros: "Verne —dice— ha hecho
 la ciencia aplicada, no ciencia-ficción. No puedo ima-
 ginar a qué extremos habría llegado si hubiera he-
 cho una carrera científica. Su mundo era el de las
 ciencias".

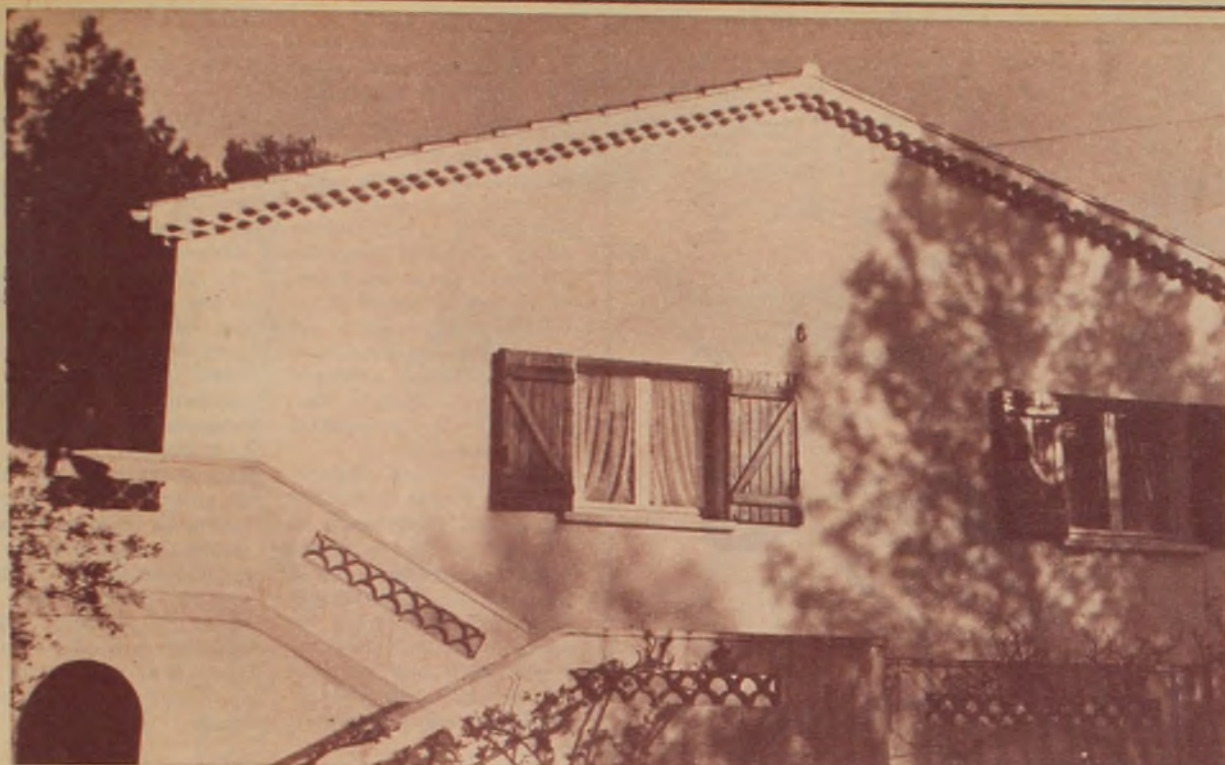
Me muestra un tríptico suspendido en la pared
 que le fue ofrecido por Borman, Jefe de la tripula-
 ción Apolo VIII que realizó el sueño del viejo na-
 rrador.

Consiste en un grabado reproduciendo la llegada
 de Barbican, director de la Expedición Verne, de un
 lado, y una fotografía del retorno de la cápsula de
 Borman al otro con una carta de este último en el
 medio, cuyo texto Don Juan Julio nos ha amablemente
 reproducido para esta nota. Dice así: Como usted sabe,
 sin dudas, generaciones de alumnos, comprendidos el
 Capitán Lowell, el Mayor Undero y yo, hemos sido
 fascinados por los libros de su abuelo. En su viaje
 "De la Tierra a la Luna", no solamente ha previsto

(Continúa en págs. siguientes)

Julio Verne nació en 1828. En 1865 publica su libro de resonancia máxima, "De la Tierra a la Luna", aunque cualquiera de los otros bastaba para hacer famoso al autor. El apogeo de su gloria y fortuna lo alcanzó a los 60 años de edad (Foto facilitada por el Sr. Juan Julio Verne)





Un aspecto de "Le Vieil Huba", mansión de los esposos Verne, levantada en los suburbios montañosos de Tolón, en la Costa Azul de Francia. Derecha: el nieto de Verne en un plácido ángulo del jardín, se defiende amistosamente de las efusividades del hermoso perro de caza, guardián y compañero en la soledad de "Le Vieil Huba".

Los Caballeros de la Luna:

una visita al nieto de Julio Verne

(Continuación)

la realización de la magnífica empresa que termina de cumplirse, sino también los detalles con precisión tal, que la partida de la Florida y la caída en el Pacífico, más que una simple coincidencia extraordinaria, resulta un tributo al genio de su visión.

No solamente ha imaginado los designios que podrían alcanzar el hombre, sino que también, en sus

más finos detalles, ha mostrado el modo de llevarlos a cabo.

Son incontables los hombres de ciencia del mundo y del espacio que consciente o inconscientemente han sido inspirados en sus lecturas de juventud, por las obras de Julio Verne. Lo que puede decirse es que detrás de cada descubrimiento del Hombre se oculta un sueño... Ese sueño y el esquema para su realización nos fue primeramente mostrado por nuestro abuelo. En un sentido muy real, puede decirse que Julio Verne fue uno de los grandes pioneros del espacio.

"Borman, nos aclara Don Juan Julio Verne, me ha explicado su pensamiento, precisando que partió de la Península de la Florida y cayó de retorno en el Pacífico, a cuatro kilómetros del lugar establecido por el novelista para la vuelta de su proyectil espacial, de la misma altura y peso que la cápsula Apollo".

Y refiriéndose a las palabras de Borman, termina diciendo nuestro amable interlocutor: "Este homenaje que prueba al punto que el literato dominaba el tema tratado tiene gran importancia en cuanto pone de relieve el valor de la imaginación como fuente de los descubrimientos, a condición de que sea sometida a un sentido crítico, que posea el narrador, y que Hezel llamaba «el sentido de la perpendicular»".

"El hombre de ciencia, creador, es un imaginativo y un poeta.

"Se llega al resultado a través de mucha paciencia y de múltiples esfuerzos, tendiente a justificar la hipótesis, que es el elemento del ensueño".

Juan RASO
(Especial para EL DIA)

(Fotografías del autor y del señor Juan Julio Verne, facilitadas para esta nota).

Cuaderno de bitácora

Neruda, Rilke y la terca experiencia

El discurso de Pablo Neruda al recibir el Premio Nobel de Literatura (1971), ha sido apenas comentado. Vestido de impecable fraque, con camisa y corbata blancas, como debe ser, el poeta comunista recibió el galardón que se concede a su poesía de amor a la mujer y a la humanidad, y dijo, según es de práctica, unas palabras alusivas.

Expresó Neruda que los poetas, para ser tales, deben tener una profunda experiencia vital; que nada de cuanto acontece al hombre es ajeno a la poesía; que la poesía no es improvisación ni repentismo, sino trabajo y ahondamiento. Dolor cósmico, inquietud humana.

¿Dónde oímos antes palabras semejantes? No, por cierto, en Rimbaud, ni Lautréamont, ni Miguel Hernández, ni García Lorca, cuatro poetas que acabaron como tales en plena juventud. Si algunos seres de excepción intuyen como fenómenos excepcionales, los otros necesitan experimentar. Mas ¿dónde escuchamos un credo semejante?

Revisando la cronología de Neruda por Margarita Aguirre, inserta en el primer tomo de las Obras completas (Losada, B. Aires, 1966), hallamos una información preciosa: en 1926 Neruda tradujo los Cuadernos de Malte Laurids Brigge, de Rainer María Rilke: dato fundamental.

Rilke, (sobre quien hicimos un cursillo en la Universidad de San Marcos en 1931, cuando, fresca su muerte, nacía su fama) dice, justamente en los Cuadernos, algo que ningún artista debe olvidar.

"Para escribir un solo verso es necesario haber visto muchas ciudades, hombres y cosas; hay que conocer a los animales, hay que saber cómo vuelan los pájaros, hay que saber el movimiento de las flores

al abrirse en las mañanas, hay que poder pensar en caminos a regiones desconocidas...".

Neruda, siguiendo los pasos de Rilke y otros grandes poetas, ha vivido intensamente, sobre todo en amor de mujer. "Todo, todo es amor" ha escrito él ante el azor de algunos sacristanes de la hoz y el martillo que no entienden cómo un "camarada" tan ilustre pudiese albergar pasiones tan burguesas, —es decir, permanentes—. La poesía es así.

Por mucho que se imagine a un Baudelaire (padre de la lírica moderna) inventándose sufrimientos, tuvo, según su sensibilidad, una vida retorcida y dolorosa. Ezra Pound, a quien se entronizará mañana como un vate de nuestro tiempo, ha padecido la inenarrable del manicomio y la desgarradora del exilio. En cierto modo, las experimentaron Hesse, Rilke, Quasimodo, Espronceda, Byron, Chocano, Vallejo, Rubén, Dostoyevski.

Ultimamente, un diplomático letrado (traza avis), citaba, a propósito de una de esas innecesarias arremetidas globales contra todo lo tradicional, recordaba un pensamiento de Santayana, que más o menos, dice: "Si abominamos de todo el pasado, corremos el riesgo de tener que volverlo a vivir". La poesía, sobre todo, es descubrimiento y subyugencia: mañana y ayer; del hoy no responde nadie, por su inestabilidad y su presión distorsionante.

La frase de Santayana y el discurso de Neruda me han traído a la memoria un pequeño episodio indicativo de cuán necesario es considerar al tiempo material como uno solo, desde el ayer hasta el mañana. Un día en Washington, en vísperas de Pearl Harbor, dos amigos, Charles Thomson, que dirigía la División Cultural del Departamento de Estado, y

Hubert Herring, gringo bueno, autor de "Buenos vecinos" (muy amigo de Haya de la Torre, de Eliécer Gaitán y de Salvador Allende) conversaban sobre la grave falta cometida por un antiguo funcionario de la oficina de Thomson. Pregunté: "¿Y quién lo va a reemplazar?". Me quedaron mirando como quien escucha un dislate: "Nadie", respondió al fin Charles. Insistí: "Entonces quedará el puesto vacante?". Sonrió Charles y comentó entre fumada y fumada: "No, no, ni hay reemplazo ni hay vacancia; se le ha demostrado su error; lo ha reconocido; se le ha inscrito en su ficha, y sigue igual... Piense, Luis Alberto: este hombre nos cuesta a los contribuyentes más o menos 10 años a 700 dólares mensuales (sueldo alto de la época). ¿Vamos a perder esa inversión, para que otro funcionario pueda también equivocarse y cometer, entre otros, el error que éste ya no cometerá más?".

No debemos correr el peligro de tener que volver a vivir los yerros pasados, por la presuntuosa manía de prescindir de toda experiencia pasada. El poeta chileno, recoge líricamente el pensamiento de otro poeta, el checo Rilke, y el de Santayana, un pensador nacido en España y crecido en Norteamérica: lección universal, ubicua.

Provincianos de la cultura: prestat un poco de oído, otro de atención y un retacito de constructiva modestia. Con tales materiales se ha construido la cultura, y con ellos seguirá andando hacia arriba y adelante.

Luis Alberto SANCHEZ

Lima, 1972

(Especial para EL DIA)

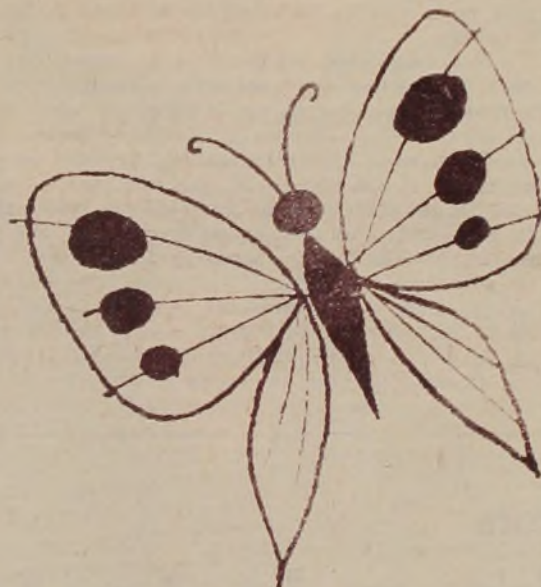
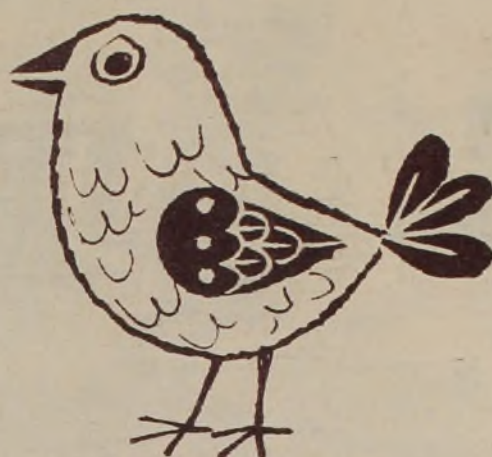


OTRAS PAGINAS PARA IMAGINAR. — Ediciones Fundación Festival del Niño, Caracas, 1971. 174 páginas.

Por tercera vez, con el auspicio inteligente de la señora Alicia Pietri de Caldera, esposa del Presidente venezolano, aparecen estas páginas destinadas a los niños para quien siente que "el hábito de leer es como descubrir un tesoro, como ganar algo maravilloso que te durará toda la vida". En las palabras iniciales con que la señora de Caldera prologa el volumen, realza la significación del sesquicentenario de la batalla de Carabobo, convocando a las tiernas conciencias de los niños a sentir más firme y alto el amor por la patria y por sus héroes, por la libertad y el trabajo que engrandece. La nobilísima empresa intelectual, siembra y cosecha a la vez, que ha asumido doña Alicia Pietri de Caldera, debiera suscitar mu-

chas imitadoras en el continente, como un medio de superar el nivel espiritual de la infancia en toda latitud del continente. El vuelo de Ariel alcanzaría así con sus alas por encima de las fronteras de nuestra América, la frente de sus hijos, iluminándolos con el resplandor de esos valores eternos de la conducta y el sentimiento que forjan al Hombre.

La excelencia de los materiales en verso y prosa, de grandes escritores venezolanos, que forman el libro, preciosamente ilustrado, tienen toda la dignidad requerida para que el propósito se realice, a través de estas "Páginas para imaginar", y para soñar, cuyo envío agradecemos a la distinguida Primera Dama venezolana.



HOMENAJE. RODO Y VENEZUELA. Por Luis Beltrán Guerrero. Separata del Boletín de la Academia Nacional, julio-setiembre de 1971, N° 215. Caracas, 1971, 19 páginas.

Resulta singular experiencia comprobar la permanente lección de nuestro Rodó fuera de nuestras fronteras y la proyección de sus doctrinas idealistas a un siglo de su nacimiento. Un impar talento ecuatoriano fue el autor del más enjundioso tratado sobre el Maestro existente hasta hoy: Gonzalo Zalumbide, en la segunda década del siglo.

Ecuador, Perú, Centroamérica, Puerto Rico, Chile, siguen rindiéndole el acatamiento que su genial magisterio merece; en la República Dominicana acaba de fundarse la "Academia José Enrique Rodó", de la que nos honra ser Miembro Correspondiente; sigue vigente y

duradera la ática resonancia de su prosa, más, mucho más que entre nosotros. Y ahora es uno de los grandes ensayistas de Venezuela quien nos envía su mensaje admirativo, lúcido a pesar del fervor que experimenta hacia el gran uruguayo a quien ve como un "heraldo de la conciencia continental". Interesa, en el estudio de Luis Beltrán Guerrero, seguir el rastro que hace el autor sobre la importancia de Rodó en el pensamiento venezolano y en la formación de núcleos jóvenes influidos por su obra. Un honroso homenaje, por proceder de uno de los más prestigiosos escritores de ese gran país amigo.

CANTO PORTEÑO A MONTEVIDEO

Oh Montevideo, mi ciudad porteña.
Alfarera del río. Arquitecta de casas de antaño,
con miradores como cúpulas
para las viejas barcas;
con paredes blanqueadas y ladrillos desnudos...

Oh el Paso del Molino, donde ahora
se levantan las sombras de proscriptos.
Porque tu luna, fue, también, la nuestra,
y las barcas que iban sobre el río
regresaban a Ti, desde nosotros.

Después, te recorrí tus mismas calles.
Te acaricé en el puerto, y en silencio,
una vez más te di, Montevideo,
la vida de mi propia Buenos Aires.

¿Recuerdas esos días sin crepúsculos,
cuando venías, siempre, con las olas
que traían las luces de los siglos?

¿Recuerdas las alforjas de las luces
de aquellos grandes páramos de entonces?
¿Recuerdas las muchachas, que esperaban,
en las terrazas de blancuzco rojo
las atalayas de las balleneras?

Oh, sí, Montevideo de las calles
rectilíneas, de las curvas callejuelas,
de la avenida ancha y deleitosa,
de los puestos de luces, de colores,
y de aromas purísimos, y de agua...

Oh, sí, Montevideo de la Iglesia
Colonial, que recibías
como en la estirpe de los tiempos del azúcar,
a nuestras ondas, transformadas.
lentas, rápidas,
de rostro a rostro así:
de Buenos Aires...

¡Oh, Montevideo, mi ciudad porteña!
Escucha esta canción enamorada,
y dime luego
— te lo pregunta Esparta,
oh Atenas —
Si me amas, amor, si tú me amas.

ALBERTO BLASI BRAMBILLA

Buenos Aires, 1972.

(Especial para EL DIA)

El Mundo
en el
LIBRO

Por Wriothsley





En su barrio, para su comodidad, una agencia de Avisos Económicos de

EL DIA

● CIUDAD VIEJA: 25 de Mayo 619 — CENTRO: Río Branco 1212; 18 de Julio y Yaguarón — CORDON: 18 de Julio 2022; 8 de Octubre 2676 — PUNTA CARRETAS: Brño del Pino 810 esq. 21 de Setiembre — PARQUE RODO: Constituyente 2037 (AR. Petraglia) — POCITOS: Juan Benito Blanco 827 Bis — TRES ESQUINAS: Comercio 1821 — MALVIN: Orinoco 5048 y Michigan — CARRASCO: A. Schroeder 6465 — UNION: 8 de Octubre esq. Abreu (Kiosco Unión); 8 de Octubre esq. Pirineos (Kios-

co Maroñas) — LA COMERCIAL: Garibaldi 2559 — GOES: Gral. Flores 2942 — CER-
RITO: San Martín 3491 — ITUZAINGO: Gral. Flores 4996 — ARROYO SECO: Agra-
ciada 2612 Bis — CAPURRO: Uruguayana 3513 — PASO MOLINO: Agraciada 4109 —
AGUADA: D. Fernández Crespo 1906 (Agencia Progreso) — PRADO: Cno. Castro
838 c. Millán — COLON: Garzón 1934 — REDUCTO: Guadalupe 1490 — RIVERA:
Av. Rivera 2661 — VILLA DOLORES: Francisco J. Muñoz 3412 Bis — CERRO: Carlos

M^o Ramírez 1686 esq. Grecia — EN EL INTERIORs CANELONES: Treinta y Tres esq.
Rodó; Plaza 18 de Julio (Kiosco Isnaldi) — SANTA LUCIA: Bazar "El Trébol", Rive-
ra 488 Bis — LAS PIEDRAS: Av. Artigas y Lavelleja (Kiosco Luisito, Plaza); Estación
Ferrocaril (Kiosco Luisito) — LIBERTAD: Carretera Colonia Km. 50 — SAN JOSE:
Mensajería Cita — PARQUE DEL PLATA: Calle 2 esq. H. — AGENCIAS NOTICIOSAS
"EL DIA" en PAYSANDU, SALTO, RIVERA y PUNTA DEL ESTE.



Sinfonía Otoñal... de gustos, diseños y colores en TELAS de **Soler**

JUILLIARD Cashmere estampado en finos diseños de elegantes tonos, indicado para su prenda actual, ancho 1.20 \$ **1.850**
ACROCEL de lana estampado en finísimos diseños de gran actualidad, de la nueva colección otoñal, ancho 1.20 \$ **1.950**
ACROCEL de lana en novedosa trama exclusiva ideal para toda prenda, en vistosos tonos de moda, ancho 1.40 \$ **2.100**
TWEED de trama liviana en diseños exclusivos, ideal para conjuntos y tailleurs de rigurosa actualidad, ancho 1.40 \$ **2.500**

GEORGETTE de lana BALMORAL-BLINNY de clásica y fina elegancia en gama completa de colores, ancho 1.40 \$ **2.680**
JERSEY de lana Fasinel en novedosas fantasías exclusivas en finas combinaciones de colores, ancho 1.40 \$ **3.200**
GABARDINA de lana de gran calidad, indicada por la moda actual, en varios tonos ancho 1.40 \$ **3.500**
BROCATTO de lana KINGSTON de novedosos diseños exclusivos de gran actualidad y colorido, ancho 1.40 \$ **3.500**

PAÑO TWEED Tellbury en hermosa colección de tramas y colores recién recibidos, ancho 1.40 \$ **3.950**
CHARMELAINE de lana FASINEL en delicada trama que realzará su elegancia, todos los colores, ancho 1.40 \$ **4.200**

COMPRE TODO LO QUE DESEE CON LAS VENTAJAS DEL

Crédito Soler

SARANDI CENTRO CORDON

UNION AGRACIADA LAS PIEDRAS